

En paz habia estado el mundo hasta que se levantó el polvo de la guerra.

HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION

DE ESPAÑA.

LIBRO PRIMERO.

LA turbacion de los tiempos, sembrando por el mundo discordias, alteraciones y guerras, habia estremecido hasta en sus cimientos antiguas y nombradas naciones. Empobrecida y desgobernada España, hubiera al parecer debido ántes que ninguna ser azotada de los recios temporales que á otras habian afligido y revuelto. Pero viva aun la memoria de su poderio, apartada al ocaso y en el continente europeo postrera de las tierras, habíase mantenido firme, y conservado casi intacto su vasto y desparramado imperio. No poco y por desgracia habian contribuido á ello la misma condescendencia y baja humillacion de su gobierno, que ciegamente sometido al de Francia, fuese democrá-

Turbacion de los tiempos.

Flaqueza de España.

tico, consular ó monárquico, dejábale este disfrutar en paz hasta cierto punto de aparente sosiego, con tal que quedasen á merced suya las escuadras, los ejércitos y los caudales que aun restaban á la ya casi aniquilada España.

Política de Francia.

Mas en medio de tanta sumision, y de los trastornos y continuos vaivenes que trabajaban á Francia, nunca habian olvidado sus muchos y diversos gobernantes la política de Luis XIV, procurando atar al carro de su suerte la de la nacion española. Forzados al principio á contentarse con tratados que estrechasen la alianza, preveian no obstante que cuanto mas onerosos fuesen aquellos para una de las partes contratantes, tanto ménos serian para la otra estables y duraderos.

ab. no. h. g. i. r. t. l. a. q. u. m. i. t. s. o. l.

Menester pues era que para darles la conveniente firmeza se aunasen ambas naciones, asemejándose en la forma de su gobierno, ó confundiéndose bajo la direccion de personas de una misma familia, segun que se mudaba y trastrocaba en Francia la constitucion del estado. Así era que apenas aquel gabinete tenia un respiro, susurrábanse proyectos varios, juntábanse en Bayona tropas, enviábanse expediciones contra Portugal, ó aparecían muchos y claros indicios de querer entrometerse en los asuntos interiores de la península hispana.

Crecia este deseo ya tan vivo á proporcion que las armas francesas afianzaban fuera la prepotencia de su patria, y que dentro se restablecían la tranquilidad y buen orden. A las claras empezó á ma-

nifestarse cuando Napoleon, ciñendo sus sienes con la corona de Francia, fundadamente pensó que los Borbones sentados en el solio de España mirarian siempre con ceño, por sumisos que ahora se mostrasen, al que habia empuñado un cetro que de derecho correspondia al tronco de donde se derivaba su rama. Confirmáronse los recelos del frances despues de lo ocurrido en 1805, al terminarse la campaña de Austria con la paz de Presburgo.

Paz de Presburgo.

Desposeido por entónces de su reino Fernando IV de Nápoles, hermano de Carlos de España, habia la corte de Madrid rehusado durante cierto tiempo asentir á aquel acto y reconocer al nuevo soberano José Bonaparte. Por natural y justa que fuese esta resistencia, sobremanera desazonó al emperador de los franceses, quien hubiera sin tardanza dado quizá señales de su enojo, si otros cuidados no hubiesen fijado su mente y contenido los ímpetus de su ira.

Destronamiento de la casa de Nápoles.

En efecto, la paz ajustada con Austria estaba todavía léjos de extenderse á Rusia, y el gabinete prusiano, de equívoca é incierta conducta, desasosegaba el suspicaz ánimo de Napoleon. Si tales motivos eran obstáculo para que este se ocupase en cosas de España, lo fueron tambien por extremo opuestas las esperanzas de una pacificacion general, nacidas de resultas de la muerte de Pitt. Constantemente habia Napoleon achacado á aquel ministro, finado en enero de 1806, la continuacion de la guerra; y como la paz era el deseo de todos hasta en

Tratos de paz con Inglaterra.

Francia, forzoso le fué á su gefe no atropellar opinion tan acreditada, cuando habia cesado el alegado pretexto, y entrado á componer el gabinete ingles Mr. Fox y Lord Grenville con los de su partido.

Juzgábase que ambos ministros, sobre todo el primero, se inclinaban á la paz, y se aumentó la confianza al ver que despues de su nombramiento se habia entablado entre los gobiernos de Inglaterra y Francia activa correspondencia. Dió principio á ella Fox valiéndose de un incidente que favorecia su deseo. Las negociaciones duraron meses, y aun estuvieron en Paris como plenipotenciarios los Lores Yarmouth y Lauderdale. Dificultoso era en aquella sazón un acomodamiento á gusto de ambas partes. Napoleon en los tratos mostró poco miramiento respecto de España, pues entre las varias proposiciones hizo la de entregar la isla de Puerto-Rico á los ingleses, y las Baleares á Fernando IV de Nápoles, en cambio de la isla de Sicilia que el último cederia á José Bonaparte.

Correspondió el remate á semejantes propuestas, á las que se agregaba el irse colocando la familia de Bonaparte en reinos y estados, como tambien el establecimiento de la nueva y famosa confederacion del Rin. Rompiéronse pues las negociaciones, anunciando Napoleon como principal razon la enfermedad de Fox y su muerte acacida en setiembre de 1806. Por el mismo término caminaron las entabladas tambien con Rusia, habiendo desaprobado públicamente el emperador Alejandro el tratado que

Rompense estas negociaciones.

Tambien otras con Rusia.

á su nombre habia en Paris concluido su plenipotenciario Mr. d'Oubril.

Aun en el tiempo en que andaban las pláticas de paz, dudosos todos, y aun quizá poco afectos á su conclusion, se preparaban á la prosecucion de la guerra. Rusia y Prusia ligábanse en secreto, y querian que otros estados se uniesen á su causa. Napoleon tampoco se descuidaba; y aunque resentido por lo de Nápoles con el gabinete de España, disimulaba su mal ánimo, procurando sacar de la ciega sumision de este aliado cuantas ventajas pudiese.

De pronto, y al comenzar el año de 1806, pidió que tropas españolas pasasen á Toscana á reemplazar las francesas que la guarnecian. Con eso lisonjeando á las dos cortes, á la de Florencia porque consideraba como suya la guardia de españoles, y á la de Madrid por ser aquel paso muestra de confianza, conseguia Napoleon tener libre mas gente, y al mismo tiempo acostumbraba al gobierno de España á que insensiblemente se desprendiese de sus soldados. Accedió el último á la demanda, y en principios de marzo entraron en Florencia de 4 á 5000 españoles mandados por el teniente general Don Gonzalo O-farril.

Como Napoleon necesitaba igualmente otro linage de auxilios, volvió la vista para alcanzarlos á los agentes españoles residentes en Paris. Descollaba entre todos Don Eugenio Izquierdo, hombre sagaz, travieso y de amaño, á cuyo buen desempeño estaban encomendados los asuntos peculiares de Don

Preparativos de guerra.

Tropas españolas que van á Toscana.

Izquierdo: el neto que da á Napoleon.

Manuel Godoy, príncipe de la Paz, disfrazados bajo la capa de otras comisiones. En vano hasta entonces se había desvivido dicho encargado por sondear, respecto de su valedor, los pensamientos del emperador de los franceses. Nunca había tenido otra respuesta sino promesas y palabras vagas. Mas llegó mayo de 1806, y creciendo los apuros del gobierno frances para hacer frente á los inmensos gastos que ocasionaban los preparativos de guerra, reparó este en Izquierdo, y le indicó que la suerte del príncipe de la Paz mereceria la particular atencion de Napoleon, si se le acudia con socorros pecuniarios. Gozoso Izquierdo y lleno de satisfaccion, brevemente y sin estar para ello autorizado, aprontó 24 millones de francos¹ pertenecientes á la caja de consolidacion de Madrid, segun convenio que firmó el 10 de mayo. Aprobó el de la Paz la conducta de su agente, y contando ya con ser ensalzado á mas eminente puesto en trueque del servicio concedido, hizo que en nombre de Carlos IV se confriesen en 26 del mismo mayo² á dicho Izquierdo, plenos poderes para que ajustase y concluyese un tratado.

Pero Napoleon, dueño de lo que queria, y embarcados sus sentidos con el nublado que del norte amagaba, difirió entrar en negociacion hasta que se terminasen las desavenencias con Prusia y Rusia. Ofendió la tardanza al príncipe de la Paz, receloso en todos tiempos de la buena fe de Napoleon, y temió de él nuevos engaños. Afirmáronle en sus sospechas diversos avisos que por entónces le envia-

Estado del príncipe de la Paz contra Napoleon.

(1 Ap. n. 1.)

(2 Ap. n. 2.)

ron españoles residentes en Paris; opúsculos y folletos que debajo de mano fomentaba aquel gobierno, y en que se anunciaba la entera destruccion de la casa de Borbon; y en fin, el dicho mismo del emperador, de que „si Carlos IV no queria reconocer „á su hermano por rey de Nápoles, su sucesor le „reconoceria.”

Tal cúmulo de indicios que progresivamente vinieron á despertar las zozobras y el miedo del valido español, se acrecentaron con las noticias é informes que le dió Mr. de Strogonoff, nombrado ministro de Rusia en la corte de Madrid, quien había llegado á la capital de España en enero de 1806.

Animado el príncipe de la Paz con los consejos de dicho ministro, y mal enojado contra Napoleon, inclinábase á formar causa comun con las potencias beligerantes. Parecióle no obstante ser prudente, ántes de tomar resolucion definitiva, buscar arrimo y alianza en Inglaterra. Siendo el asunto espinoso, y pidiendo sobre todo profundo sigilo, determinó enviar á aquel reino un sugeto que, dotado de las convenientes prendas, no excitase el cuidado del gobierno de Francia. Recayó la eleccion en Don Agustin de Argüelles que tanto sobresalió años adelante en las cortes congregadas en Cádiz. Rehusaba el nombrado admitir el encargo, por proceder de hombre tan desestimado como era entónces el príncipe de la Paz; pero instado por Don Manuel Sixto Espinosa, director de la consolidacion, con quien le unian motivos de amistad y de reconoci-

Sus sospechas

(2. n. 4. 2.)

Piensa ligarse con Inglaterra.

Envia allí á Don Agustin de Argüelles

miento, y vislumbrando tambien en su comision un nuevo medio de contribuir á la caida del que en Francia habia destruido la libertad pública, aceptó al fin el importante encargo confiado á su zelo.

(1 Ap. n. 3.)

Ocultóse á Argüelles¹ lo que se trataba con Strogonoff, y tan solo se le dió á entender que era forzoso ajustar paces con Inglaterra, si no se queria perder toda la América en donde acababa de tomar á Buenos-Aires el general Beresford. Recomendóse en particular al comisionado discrecion y secreto, y con suma diligencia saliendo de Madrid á últimos de setiembre, llegó á Lisboa sin que nadie, ni el mismo embajador conde de Campo-Alange, trasluciese el verdadero objeto de su viage. Disponíase Don Agustin de Argüelles á embarcarse para Inglaterra, cuando se recibió en Lisboa una desacordada proclama del príncipe de la Paz, fecha 5¹ de octubre, en la que apellidando la nacion á guerra sin designar enemigo, despertó la atencion de las naciones extrañas, principalmente de Francia. Desde entónces miró Argüelles como inútil la continuacion de su viage, y así lo escribió á Madrid; mas sin embargo ordenósele pasar á Lóndres, en donde su comision no tuvo resulta, así por repugnar al gobierno ingles tratos con el príncipe de la Paz, ministro tan desacreditado é imprudente, como tambien por la mudanza que en dicho príncipe causaron los sucesos del Norte.

Discúlpase con Napoleon.

Allí Napoleon habiendo abierto la campaña en octubre de 1806, en vez de padecer descalabros ha-

Su proclama de 5 de octubre.
(1 Ap. n. 4.)

bia entrado victorioso en Berlin, derrotando en Jena el ejército prusiano. Al ruido de sus triunfos atemorizada la corte de Madrid, y sobre todo el privado, no hubo medio que no emplease para apaciguar el entónces justo y fundado enojo del emperador de los franceses, quien no teniendo por concluida la guerra en tanto que la Rusia no viniese á partido, fingió quedar satisfecho con las disculpas que se le dieron, y renovó, aunque lentamente, las negociaciones con Izquierdo.

Mas no por eso dejaba de meditar cuál seria el mas acomodado medio para posesionarse de España, y evitar el que en adelante se repitiesen amagos como el del 5 de octubre. Columbró desde luego ser para su propósito feliz incidente andar aquella corte dividida entre dos parcialidades, la del príncipe de Asturias y la de D. Manuel Godoy. Habian nacido estas de la inmoderada ambicion del último, y de los temores que habia infundido ella en el ánimo del primero. Sin embargo, estuvieron para componerse y disiparse en el tiempo en que habia resuelto el de la Paz unirse con Inglaterra y las otras potencias del norte; creyendo este con razon que en aquel caso era necesario acortar su vuelo, y conformarse con las ideas y política de los nuevos aliados. Para ello, y no exponer su suerte á temible caida, habia el valido imaginado casar al príncipe de Asturias (viudo desde mayo de 1806) con Doña Maria Luisa de Borbon, hermana de su mujer Doña Teresa, primas ambas del rey é hijas

Proyectos contra España.

Los dos partidos que dividieron el palacio español.

del difunto infante D. Luis. El pensamiento fué tan adelante, que se propuso al príncipe el enlace. Mas Godoy, veleidoso é inconstante, variadas que fueron las cosas del norte, mudó de dictámen volviendo á soñar en ideas de engrandecimiento. Y para que pasaran á realidad condecoróle el rey en 13 de enero de 1807 con la dignidad de almirante de España é Indias, y tratamiento de Alteza.

Entretiénese á Izquierdo en Paris.

Veniale bien á Napoleon que se aumentase la división y el desórden en el palacio de Madrid. Atento á aprovecharse de semejante discordia, al paso que en Paris se traía entretenido á Izquierdo y al partido de Godoy, se despachaba á España para tantear el del príncipe de Asturias á Mr. de Beauharnais, quien como nuevo embajador presentó sus credenciales á últimos de diciembre de 1806. Empezó el recién llegado á dar pasos; mas fueron lentos hasta meses despues, que llevando visos de terminarse la guerra del norte, juzgo Napoleon que se acercaba el momento de obrar.

Mr. de Beauharnais, embajador de Francia en Madrid.

Presentósele en la persona de D. Juan Escoiquiz conducto acomodado para ayudar sus miras. Antiguo maestro del príncipe de Asturias, vivia como confinado en Toledo, de cuya catedral era canónigo y dignidad, y de donde por orden de S. A. con quien siempre mantenía secreta correspondencia, habia regresado á Madrid en marzo de 1807. Conferencióse mucho entre él y sus amigos sobre el modo de atajar la ambicion de Godoy, y sacar al príncipe de Asturias de situacion que conceptuaban penosa, y aun arriesgada.

Habian imaginado sondear al embajador de Francia, y de resultas supieron por D. Juan Manuel de Villena, gentil hombre del príncipe de Asturias, y por D. Pedro Giraldo, brigadier de ingenieros, maestro de matemáticas del príncipe é infantes, y cuyos sugetos estaban en el secreto, hallarse Mr. de Beauharnais pronto á entrar en relaciones con quien S. A. indicase. Dudóse si la propuesta encubria ó no engaño; y para asegurarse unos y otros, convínose en una pregunta y seña que recíprocamente se harian en la corte el príncipe y el embajador. Cerciorados de no haber falsedad y escogido Escoiquiz para tratar, presentó á este en casa de dicho embajador el duque del Infantado, con pretexto de regalarle un ejemplar de su poema sobre la conquista de Méjico. Entablado conocimiento entre Mr. de Beauharnais y el maestro del príncipe, avistáronse un dia de los de julio y á las dos de la tarde en el Retjro. La hora, el sitio y lo caluroso de la estacion les dada seguridad de no ser notados.

Secretos manejos con el partido del príncipe de Asturias.

Hablaron allí sosegadamente del estado de España y Francia, de la utilidad para ambas naciones de afianzar su alianza en vínculos de familia, y por consiguiente de la conveniencia de enlazar al príncipe Fernando con una princesa de la sangre imperial de Napoleon. El embajador convino con Escoiquiz en los mas de los puntos, particularmente en el último, quedando en darle posterior y categórica contestacion. Siguiéronse á este paso otros mas

ó ménos directos, pero que nada tuvieron de importante, hasta que en 30 de setiembre escribió Mr. de Beauharnais una carta á Escoiquiz, en la que rayando las expresiones de que *no bastaban cosas vagas*, sino que se necesitaba una *segura prenda* [*une garantie*], daba por lo mismo á entender que aquellas salian de boca de su amo. Movido de esta insinuacion, se dirigió el príncipe de Asturias en 11 de octubre al emperador frances, en términos que, segun veremos muy luego, hubiera podido resultar grave cargo contra su persona.

Hasta aquí llegaron los tratos del embajador Beauharnais con D. Juan Escoiquiz, cuyo principal objeto se enderezaba á arreglar la union del príncipe Fernando con una sobrina de la emperatriz, ofrecida despues al duque de Aremburg. Todo da indicio de que el embajador obró segun instrucciones de su amo; y si bien es verdad que este desconoció como suyos los procedimientos de aquel, no es probable que se hubiera Mr. de Beauharnais expuesto con soberano tan poco sufrido á dar pasos de tamaña importancia sin previa autorizacion. Pudo quizá excederse; quizá el interes de familia le llevó á proponer por esposa una persona con quien tenia deudo; pero que la negociacion tomó origen en Paris, lo acredita el haber despues sostenido el emperador á su representante.

Sin embargo, tales pláticas tenian mas bien traza de entretenimiento que de seria y deliberada determinacion. Ibale mejor al arrebatado temple de

Tropas españolas que van al Norte.

Napoleon buscar por violencia ó por malos artes el cumplimiento de lo que su política ó su ambicion le sugería. Así fué que para remover estorbos é irse preparando á la ejecucion de sus proyectos, de nuevo pidió al gobierno español auxilio de tropas; y conformándose Cárlos IV con la voluntad de su aliado, decidió en marzo de 1807 que una division unida con la que estaba en Toscana, y componiendo juntas un cuerpo de 14.000 hombres, se dirigiese al norte de Europa.¹ De este modo menguaban cada día en España los recursos y medios de resistencia.

(1 Ap. n. 5.)

Entretanto Napoleon, habiendo continuado con feliz progreso la campaña emprendida contra las armas combinadas de Prusia y Rusia, habia en 8 de julio siguiente concluido la paz en Tilsit. Algunos se han figurado que se concertaron allí ambos emperadores ruso y frances acerca de asuntos secretos y árdulos, siendo uno entre ellos el de dejar á la libre facultad del último la suerte de España. Hemos consultado en materia tan grave respetables personajes, y que tuvieron principal parte en aquellas conferencias y tratos. Sin interes en ocultar la verdad, y léjos ya del tiempo en que ocurrieron, han respondido á nuestras preguntas que no se habia entonces hablado sino vagamente de asuntos de España; y que tan solo Napoleon, quejándose con acrimonia de la proclama del príncipe de la Paz, añadia á veces que los españoles luego que le veian ocupado en otra parte, mudaban de language y le inquietaban.

Paz de Tilsit.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que con la paz asegurado Napoleon de la Rusia, á lo ménos por de pronto, pudo con mas desahogo volver hácia el mediodia los inquietos ojos de su desapoderada ambicion. Pensó desde luego disfrazar sus intentos con la necesidad de extender á todas partes el sistema continental (cuyas bases habia echado en su decreto de Berlin de febrero del mismo año), y de arrancar á Inglaterra á su antiguo y fiel aliado el rey de Portugal. Era en efecto muy importante para cualquiera tentativa ó plan contra la península someter á su dominio á Lisboa, alejar á los ingleses de los puertos de aquella costa, y tener un pretexto al parecer plausible con que poder internar en el corazon de España numerosas fuerzas.

Para dar principio á su empresa, promovió muy particularmente las negociaciones entabladas con Izquierdo, y á la sombra de aquellas y del tratado que se discutía, empezó en agosto de 1807 á juntar en Bayona un ejército de 25.000 hombres con el título de Cuerpo de observacion de la Gironda, nombre con que cautelosamente embozaba el gobierno frances sus hostiles miras contra la península española. Dióse el mando de aquella fuerza á Junot, quien embajador en Portugal en 1805 habia desamparado la pacífica mision para acompañar á su caudillo en atrevidas y militares empresas. Ahora se preparaba á dar la vuelta á Lisboa, no ya para ocupar su antiguo puesto, sino mas bien para arrojar del trono á una familia augusta que le habia hon-

Tropas francesas que se juntan en Bayona.

rado con las insignas de la orden de Cristo.

Aunque no sea de nuestro propósito entrar en una relacion circunstanciada de los graves acontecimientos que van á ocurrir en Portugal, no podemos ménos de darles aquí algun lugar como tan unidos y cónexos con los de España. En Paris se examinaba con Izquierdo el modo de partir y distribuirse aquel reino, y para que todo estuviese pronto el dia de la conclusion del tratado, ademas de la reunion de tropas á la falda del Pirineo, se dispuso que negociaciones seguidas en Lisboa abriesen el camino á la ejecucion de los planes en que conviniesen ambas potencias contratantes. Comenzóse la urdida trama por notas que en 12 de agosto pasaron el encargado de negocios frances Mr. de Rayneval y el embajador de España conde de Campo-Alange. Decian en ellas que tenia la orden de pedir sus pasaportes y declarar la guerra á Portugal si para el 1.º de setiembre próximo el príncipe regente no hubiese manifestado la resolucion de romper con la Inglaterra, y de unir sus escuadras con las otras del continente, para que juntas obrasen contra el comun enemigo; se exigía ademas la confiscacion de todas las mercancías procedentes de origen británico, y la detención comó rehenes de los súditos de aquella nacion. El príncipe regente, de acuerdo con Inglaterra, respondió que estaba pronto á cerrar los puertos á los ingleses, y á interrumpir toda correspondencia con su antiguo aliado; mas que en medio de la paz confiscar todas

Portugal.

Notas de los representantes de España y Francia en Lisboa.

las mercancías británicas, y prender á extrangeros tranquilos, eran providencias opuestas á los principios de justicia y moderacion que le habian siempre dirigido. Los representantes de España y Francia no habiendo alcanzado lo que pedian (resultado conforme á las verdaderas intenciones de sus respectivas córtés), partieron de Lisboa ántes de comenzarse octubre, y su salida fué el prelude de la invasion.

Se retirán de aquella corte.

Todavía no estaban concluidas las negociaciones con Izquierdo; todavía no se habia cerrado tratado alguno, cuando Napoleon impaciente, lleno del encendido deseo de empezar su proyectada empresa, é informado de la partida de los embajadores, dió orden á Junot para que entrase en España, y el 18 de octubre cruzó el Bidasoa la primera division francesa á las órdenes del general Delaborde, época memorable, principio del tropel de males y desgracias, de perfidias y heróicos hechos que sucesivamente nos va á desdoblar la historia. Pasada la primera division, la siguieron la segunda y la tercera mandadas por los generales Loison y Travot, con la caballería, cuyo gefe era el general Kellerman. En Irun tuvo orden de recibir y obsequiar á Junot D. Pedro Rodriguez de la Buria, encargo que ya habia desempeñado en la otra guerra con Portugal. Las tropas francesas se encaminaron por Burgos y Valladolid hácia Salamanca, á cuya ciudad llegaron veinticinco dias despues de haber entrado en España. Por todas partes fueron festejadas y bien

18 de octubre: cruza el Bidasoa la primera division francesa.

recibidas, y muy léjos estaban de imaginarse los solícitos moradores del tránsito la ingrata correspondencia con que iba á pagárseles tan esmerada y agasajadora hospitalidad.

Tocaron miéntras tanto á su cumplido término las negociaciones que andaban en Francia, y el 27 de octubre en Fontainebleau se firmó entre Don Eugenio Izquierdo y el general Duroc, gran mariscal de palacio del emperador frances, un tratado compuesto de catorce artículos con una convencion anexa comprensiva de otros siete. Por estos conciertos se trataba á Portugal del modo como ántes otras potencias habian dispuesto de la Polonia, con la diferencia que entónces fueron iguales y poderosos los gobiernos que entre sí se acordaron, y en Fontainebleau tan desemejantes y desproporcionados, que al llegar al cumplimiento de lo pactado, repitiéndose la conocida fábula del leon y sus partijas, dejóse á España sin nada, y del todo quiso hacerse dueño su insaciable aliado. Se estipulaba por el tratado, que la provincia de Entre-Duero-y-Miño se daria en toda propiedad y soberanía con título de Lusitania septentrional al rey de Etruria y sus descendientes, quien á su vez cederia en los mismos términos dicho reino de Etruria al emperador de los franceces; que los Algarbes y el Alentejo igualmente se entregarían en toda propiedad y soberanía al príncipe de la Paz, con la denominacion de príncipe de los Algarbes, y que las Provincias de Beira, Tras-los-Montes y Extremadura por-

27 de octubre: tratado de Fontainebleau.

(1 Ap. n. 6.)

tuguesa, quedarian como en secuestro hasta la paz general, en cuyo tiempo podrian ser cambiadas por Gibraltar, la Trinidad ó alguna otra colonia de las conquistadas por los ingleses; que el emperador de los franceses saldria garante á S. M. C. de la posesion de sus estados de Europa al mediodia de los Pirineos, y le reconoceria como emperador de ambas Américas á la conclusion de la paz general, ó á mas tardar dentro de tres años. La convencion que acompañaba al tratado, circunstanciaba el modo de llevar á efecto lo estipulado en el mismo: 25000 hombres de infantería francesa y 3000 de caballería habian de entrar en España, y reuniéndose á ellos 8000 infantes españoles y 3000 caballos, marchar en derechura á Lisboa, á las órdenes ambos cuerpos del general frances, exceptuándose solamente el caso en que el rey de España ó el príncipe de la Paz fuesen al sitio en que las tropas aliadas se encontrasen, pues entónces á estos se cederia el mando. Las provincias de Beira, Tras-los-Montes y Extremadura portuguesa debian ser administradas, y exigírseles las contribuciones en favor y utilidad de Francia. Y al mismo tiempo que una division de 10,000 hombres de tropas españolas tomase posesion de la provincia de Entre-Duero-y-Miño, con la ciudad de Oporto, otra de 6000 de la misma nacion ocuparia el Alentejo y los Algarbes, y así aquella primera provincia como las últimas habian de quedar á cargo para su gobierno y administracion de los generales españoles. Las

tropas francesas, alimentadas por España durante el tránsito, debian cobrar sus pagas de Francia. Finalmente, se convenia en que un cuerpo de 40,000 hombres se reuniese en Bayona el 20 de noviembre, el cual marcharia contra Portugal en caso de necesidad, y precedido el consentimiento de ambas potencias contratantes.

En la conclusion de este tratado Napoleon, al paso que buscaba el medio de apoderarse de Portugal, nuevamente separaba de España otra parte considerable de tropas, como ántes habia alejado las que fueron al norte, é introducía sin ruido y solapadamente las fuerzas necesarias á la ejecucion de sus ulteriores y todavía ocultos planes; y lisonjeando la inmoderada ambicion del privado español, le adornecia y le enredaba en sus lazos, temeroso de que desengañado á tiempo, y volviendo de su deslumbrado encanto, quisiera acudir al remedio de la ruina que le amenazaba. Ansioso el príncipe de la Paz de evitar los vaivenes de la fortuna, aprobaba convenios que hasta cierto punto le guarecian de las persecuciones del gobierno español en cualquiera mudanza. Quizá veía tambien en la compendiosa soberanía de los Algarbes el primer escalon para subir á trono mas elevado. Mucho se volvió á hablar en aquel tiempo del criminal proyecto que años atras se aseguraba haber concebido María Luisa arrastrada de su ciega pasion, contando con el apoyo del favorito. Y no cabe duda que acerca de variar de dinastía se tanteó á varias personas, llegan-

do á punto de buscar amigos y parciales sin disfraz ni rebozo. Entre los solicitados fué uno el coronel de Pavía Don Tomas de Jáuregui, á quien descaradamente tocó tan delicado asunto Don Diego Godoy: no faltaron otros que igualmente le promovieron. Mas los sucesos agolpándose de tropel, convirtieron en humo los ideados é impróvidos intentos de la ciega ambicion.

Tal era el deseado remate á que habian llegado las negociaciones de Izquierdo, y tal habia sido el principio de la entrada de las tropas francesas en la península, cuando un acontecimiento con señales de suma gravedad fijó en aquellos dias la atencion de toda España.

Vivia el príncipe de Asturias alejado de los negocios, y solo, sin influjo ni poder alguno, pasaba tristemente los mejores años de su mocedad, sujeto á la monótona y severa etiqueta de palacio. Aumentábase su recogimiento por los temores que infundia su persona á los que entónces dirigian la monarquía; se observaba su conducta, y hasta los mas inocentes pasos eran atentamente acechados. Prorrumpia el príncipe en amargas quejas, y sus expresiones solian á veces ser algun tanto descompuestas. A ejemplo suyo los criados de su cuarto hablaban con mas desenvoltura de lo que era conveniente, y repetidos, aun quizá alterados al pasar de boca en boca, aquellos dichos y conversaciones avivaron mas y mas el odio de sus irreconciliables enemigos. No bastaba sin embargo tan ligero proce-

Causa del Escorial.

der para empezar una informacion judicial; solamente dió ocasion á nuevo cuidado y vigilancia. Redoblados uno y otro, al fin se notó que el príncipe secretamente recibia cartas, que muy ocupado en escribir, velaba por las noches, y que en su semblante daba indicio de meditar algun importante asunto. Era suficiente cualquiera de aquellas sospechas para despertar el interesado zelo de los asalariados que le rodeaban, y una dama de la servidumbre de la reina le dió aviso de la misteriosa y extraña vida que traía su hijo. No tardó el rey en estar advertido, y estimulado por su esposa dispuso que se recogiesen todos los papeles del desprevencido Fernando. Así se ejecutó, y al dia siguiente 29 de octubre, á las seis y media de la noche, convocados en el cuarto de S. M. los ministros del despacho y Don Arias Mon, gobernador interino del consejo, compareció el príncipe, se le sometió á un interrogatorio, y se le exigieron explicaciones sobre el contenido de los papeles aprehendidos. En seguida su augusto padre, acompañado de los mismos ministros y gobernador, con grande aparato y al frente de su guardia, le llevó á su habitacion, en donde despues de haberle pedido la espada, le mandó que quedase preso, puestas centinelas para su custodia: su servidumbre fué igualmente arrestada.

Al ver la solemnidad y aun semejanza del acto, hubiera podido imaginarse el atónito expectador que en las lúgubres y suntuosas bóvedas del Escorial iba á renovarse la deplorable y trágica escena